

# LA ASOCIACIÓN DE AUTORES DE TEATRO PUBLICA LOS TEXTOS DE *LA CONFESIÓN*

Magda Ruggeri Marchetti

Después de que la obra *La confesión* fuera representada en varios pueblos de la Comunidad de Madrid, se representó en el salón de baile del Círculo de Bellas Artes de la ciudad de Madrid, coproducida por el Festival Madrid-Sur y el Festival de Otoño. El espectáculo, ideado por el italiano Walter Manfré, se estrenó en Italia en 1993 en Taormina Arte y se representó a lo largo de los años siguientes no sólo en las principales ciudades italianas, sino también en varias partes del mundo (Lausana, Ginebra, Buenos Aires, Lima, Santiago de Chile, etc.)

Walter Manfré tiene la costumbre de reunirse con autores de los países donde prevé montar el espectáculo y los invita a escribir nuevos textos para llegar a constituir una especie de antología del pecado, que él considera «el espejo de la dramaturgia contemporánea de cada país».

En palabras de Walter Manfré lo que hace «distinta» esta representación es «la búsqueda de una relación con el espectador [...] como intento de penetrar directamente en su alma y en su cerebro». Quiere que el espectador se sienta «intérprete de la historia» y que la viva «como si fuese protagonista de ella, hasta el punto de quererla interpretar junto con el actor».

La escenografía de *La confesión* es muy sencilla: la obra transcurre en una sala donde no hay luces ni objetos que distraigan, sino sólo veinte esbozos de confesionario compuestos por una silla y un reclinatorio. Veinte son los espectadores (diez hombres y diez mujeres), a los cuales, sentados en las sillas, un cura visionario les confiere el poder de la confesión, y desde este momento se transforman en verdaderos sacerdotes a los cuales los actores (diez hombres y diez mujeres), arrodillados en los reclinatorios frente a un confesor del sexo opuesto, confiarán sus pecados.

Al sonido de una campanilla, cada actor cuenta a su espectador su culpa y, transcurridos los cinco minutos, tras el sonido de otra campanilla, cada actor pasará al siguiente reclinatorio. Los veinte textos elegidos para esta representación en Madrid son de conocidos dramaturgos españoles y están editados por la Asociación de Autores de Teatro. Fue José Monleón quien se encargó de seleccionar las piezas y coordinar la dramaturgia.

En general se trata de textos dramáticos tensos, emocionantes, aunque algunos sobresalen por su ironía, como el de Paloma Pedrero (*La actriz rebelde*), que se esmera en criticar a los autores al presentar a una actriz que se niega a recitar su papel. Le parece que el texto que le ha preparado la autora es muy poco atractivo, y sobre todo muy trágico; y en cambio a ella le gustan los papeles cómicos. Sobre todo critica esta función, que considera el expediente de unos autores con escasas posibilidades de estrenar: Prefiere entablar una conversación con el espectador-confesor y termina dándole una cita.

Varios son los textos en que el penitente tiene poco respeto por el cura. Si éste llega a darle una cita y se dirige al hombre normal que hay en el confesor, otros no quieren ni siquiera su absolución. Es el caso de la protagonista de Itziar Pascual (*San para mí*) que, queriendo denunciar al cura el comportamiento de un sacerdote de la misma congregación, no es comprendida, y es tachada de sacrílega, y se va diciendo «Quédese con su absolución» (p. 67), como Greta de Alfonso Vallejo, que incluso se lo prohíbe: «No se te ocurra absolverse. No te doy ese derecho». En efecto, ella responsabiliza al religioso de la muerte de un chico que se ha inyectado «una jeringuilla en un aseo», porque siempre ha señalado que vivíamos en «un mundo hueco, absurdo, incierto, del que hay que salir», pero nunca ha sabido explicar «cómo hay que salir».

Aunque no ataque al cura, el Hombre de Javier de Dios (*Vacío*) no encuentra ningún consuelo hablando en confesión de sus problemas y, en particular, del hecho que le han despedido. Se ha dirigido al sacerdote porque siempre ha hablado de esperanza, del otro mundo, y ahora querría saber «dónde está la otra vida». Pero sólo obtiene por respuesta el «silencio». Tampoco encuentra alivio a su pesadilla el protagonista de Rodolf Sirera (*Lluvia*), que ya había confesado su culpabilidad por la muerte de su amante, de quien acababa de separarse. Los sacerdotes que encontramos en estas confesiones parecen insensibles, llenos de defectos y también aprovechados. Es el caso del confesor de Manuel de Pinedo (*La confesión de Rosa*), que excitado al escuchar que Rosa está enamorada de él en sueños, le cita inmediatamente para el día siguiente.

Hay también confesiones que tienen un carácter político, como la de la protagonista de Ignacio Amestoy (*Deformación profesional*). Ha pertenecido a un grupo policial, «ha colaborado en la desaparición de cinco personas», de las que uno era su amante y marido de una amiga suya. Se considera una profesional, y se da cuenta de que delataría también al mismo cura si le considerara un enemigo del Estado. Se trata de un caso abominable de deformación profesional.

De carácter político y de gran actualidad es la confesión de *Esmeralda*, de Lidia Falcón, que denuncia una lacra de nuestro tiempo. Es una de estas desgraciadas historias de mujeres que emigran para ayudar a su familia, confiando en una organización que le promete un buen trabajo. Pero al llegar al país extranjero se encuentran prisioneras de hombres brutales que las violan y las obligan a prostituirse. La pobre Esmeralda se quedó embarazada y, aunque hubiese huido de sus carceleros, seguiría en la clandestinidad con otras desventuradas a las cuales nunca confió su secreto. Por eso, cuando comprendió que había llegado el momento, se fue a un parque a dar a luz y allí dejó a la niña en una papelera. El desgarrador conflicto de esta mujer emerge desde las primeras palabras exculpatorias: «He matado a mi hija [...] ¡Oh, no padre, no la he matado! [...] Yo sólo la abandoné, porque no podía! [...] Pero ha sido el diablo!» Y con las mismas palabras termina su confesión: «Tuve que dejar a Esmeralda en la papelera, pero no fui yo, fue el demonio, padre... el demonio...»

El protagonista de Alfonso Sastre (*Un drama titulado no*) pide ayuda al sacerdote porque quiere renunciar «a ser un héroe moral». Se trata del mismo Pepe Larrea, personaje principal de la conocida obra del mismo autor *Demasiado tarde para Filoctetes*, que no sólo renuncia a la oferta del ministro de un premio literario, una casa y la posibilidad de quedarse en España homenajeados por todos, sino que incluso llega a estrangularlo. Aquí, al contrario, Larrea se muestra muy enojado con su autor, porque le empuja al suicidio. A pesar de haber sido comunista y sufrir

una grave tortura en la Dirección General de Seguridad, ahora quiere reconciliarse «con la vida, como aquel colega griego», y terminar sus días «en una casita». Por ello recurre desesperadamente al religioso.

Y de compromiso político puede considerarse también el texto de Maxi de Diego, en el cual la penitente confiesa estar matándose con una huelga de hambre porque quiere «vivir sin armas», y denuncia que «hay gente que se hace rica con esos inventos destructivos».

En esta antología del pecado no podían faltar los maniáticos sexuales. El protagonista de Elena Belmonte (*Ventanas*) se acusa de haber matado a una vieja porque le estaba mirando cuando tenía relaciones y parecía entrometerse en el juego amoroso. El protagonista de Antonio Álamo (*Confesión*) está convencido de haber «recibido el encargo de poblar esta tierra de hijos» suyos y cree que todas las mujeres le «pertenecen», aunque confiesa su «pecado de la lujuria». La penitente de Miguel Murillo (*La obscena*) confiesa ser «una mujer obscena» y haber gozado también mirando el cadáver de su marido, que se ha suicidado. Del mismo modo declara ser «mala» la protagonista de José Luis Miranda (*Confesión*), que llega a querer denunciar injusta y calumniosamente a su confesor por abuso sexual.

El penitente de Alberto Miralles (*La decente obscenidad*) es un maníaco que se acusa de recortar el sexo de las fotos de desnudos infantiles, y ahora, de haberlo hecho en una exposición porque «aquellas fotos indignamente mostradas como arte, sublevaron [su] templanza». Sobre todo le indigna que algún periódico le haya juzgado como gamberro, otros como una persona violada en la infancia, otros como uno de derechas, y que nadie haya comprendido su limpieza de intenciones. En todo el texto se nota la perversión de un hombre que disfruta mirando, incluso con lupa, los recortes y goza nombrando las partes íntimas de niños y niñas.

El pecado que confiesa el penitente de Jesús Campos es el de ser heterosexual (*Me acuso de ser hetero*). Este hombre desde niño siempre había sentido atracción por las mujeres, pero por la insistencia de un amigo, a quien quería mucho, accedió a convertirse en su compañero; pero cuando le abraza él sigue pensando en mujeres. Sabe que todo «lo hetero se está quedando antiguo, y en esto del arte, si no eres contemporáneo no hay forma de que te contraten», pero no puede soportar los besos con bigote y no puede dejar de pensar en el cuerpo de una mujer.

No podemos detenernos aquí en todos los textos. Todos ellos, en pocas líneas, consiguen dibujar una situación particular que se acaban constituyendo en pequeñas joyas. El espectáculo en su conjunto es verdaderamente original y emocionante, y sin duda consigue el fin perseguido por Walter Manfré de hacer reflexionar sobre los diferentes males del individuo involucrando como protagonista al espectador. Sin embargo, nos parece muy difícil que pueda llegar a un público numeroso dada su peculiaridad misma.

Seguramente José Monleón ha dado en el clavo afirmando que «el interés de la propuesta radica en la potenciación del valor de la comunicación, haciendo así del sentimiento de la singularidad (la confesión es sólo para el confesor) un elemento desmasificador, un componente de la conciencia activa y personal, tanto del actor penitente como del espectador confesor».